

Murcia

Vicente Sánchez Martínez, 76 años

Jesús Miguel Sánchez Espín, 25 años

A BATALLAS DE AMOR, CAMPOS DE PLUMAS

Vicente Sánchez vive en la Residencia de Mayores de San Basilio, en Murcia. Allí duerme, come, lee novelas históricas y contempla un pedazo de la ciudad desde su habitación. ¿Pero qué más? Cuando quiero repasar quién es Vicente Sánchez, cómo es, qué es y qué hace, lo único que me surgen son preguntas y más preguntas. Intentar conceptualizar la totalidad de una persona o mostrarla a través de una anécdota es algo difícil y si lo hacemos de alguien mayor aún más, ya que uno tiende a mirar con la perspectiva arqueológica, que condena a pieza de museo a aquello que observa.

Sepan desde el principio que no voy a describir la vida de Vicente Sánchez como algo acabado; no voy a contar la anécdota que le ocurrió en San Petersburgo, ni hablaré de su recuerdo familiar. Que narrar la causa de su exilio, su vida en Alemania o la curiosa parsimonia de su estancia en la residencia, son cosas inútiles para elaborar su historia; y esta es una conclusión que me ha costado meses afrontar y contarles eso sería contarles nada. Vicente Sánchez está vivo y duerme y come y lee en la Residencia de Mayores de San Basilio, donde me he citado con él estos meses, para que me llevara de paseo incierto por las calles del mundo alegremente, y hoy, dispuesto ya a escribir estas palabras que relaten su historia, tengo la sensación de que esos paseos, esas citas, que levantaban las sospechas de sus compañeros en la residencia, y lo que yo he aprendido en este tiempo son las únicas cosas sinceras que yo puedo decirles de Vicente Sánchez sin dejarme caer en artificio.

De hecho no sé muy bien quién es este hombre.

Al ir recapitulando todo lo dicho en estos encuentros ha sucedido algo extraño. Él ha conseguido darme sus ojos, de forma que he podido ver su propia vida como mía, su alegría, sus recuerdos y tristezas como si yo los hubiera vivido, y por esto tengo ahora el peso de hablar de él como si hablara de mí mismo. De ahí el peligro, las dudas. De ahí que las cosas que yo viera junto a él dejaran de ser aquello que yo veía, para ser otras. De ahí que parezca que hable de mí en lo que sigue.

Recuerdo uno de los primeros paseos; aquel en que violamos los límites del barrio de San Basilio para adentrarnos en el corazón de la ciudad. Eso nos sirvió para desgajar la vida moderna y sus cuitas pero yo no sabía que la discursión iba a comenzar precisamente por mí. “Esas ropas raras que llevas -murmuró-, la gente ha cambiado mucho”, dice mientras recuerda cómo vestía su padre o la odisea que suponía conseguir entonces unos zapatos nuevos. Supongo que cierta edad obliga a mirar hacia el pasado pero a Vicente se le ve la sonrisa al comparar aquello, con los días que corren, porque él no cree en el tópico y se divierte viendo mujeres al volante y hombres maquillados, oyendo la música que sale de los bares e intentando encontrar al cura entre tanto cristiano.

Enseguida supe de sus costumbres, de las tres galletitas tamaño moneda que se permite por cena para mantenerse en forma, de los amoríos de la residencia y de las sospechas que albergaba de que su vecino de habitación, un ruso que ordena la biblioteca del centro, bien podría ser un espía retirado del KGB.

Un martes me contó su primera salida de España. Pues bien; han de saber ustedes que el español se entiende hasta Lyon y que los europeos no eran tan modernos por aquel entonces. Ese martes conocí aquello del Plan Marshall.

Otra vez fueron dos enamorados besándose en un parque. ¡El amor! ¡Menuda tarde! don Juan de Marco y el Tenorio sin que nos soplase. De aquel instante unas palabras tuyas que se me grabaron en el alma: a batallas de amor, campos de plumas. Aún estoy devanándome los sesos para saber qué quería decir.

No puedo olvidar cómo, tomando por excusa los carteles de una agencia de viajes, me dio un repaso de geografía europea con pelos y señales, jactándose de lo poco que le queda por visitar, al estilo Marco Polo. Lo que ya no me dijo, todavía lo oculta, fue por qué desea tanto volar hasta Canadá. Con eso por fin encontré el momento de preguntarle cuál era el sueño que desearía ver cumplido; siempre me había dado miedo hablarle del concurso y que pudiera pensar que yo veía un premio más allá de su amistad. Hace unas semanas que no le veo. Desde aquí quiero que dispense mi breve ausencia. ¡Eh, Vicente! ¿Me oyes? ¡No tardaré en visitarte, y entonces ya no habrá carta ni concurso de por medio! Si aún estás, claro. ¿Iba en serio lo de fugarte con Dolores, la terapeuta?

No les he contado nada extraordinario de Vicente Sánchez tal vez por aquello que un día me dijese de memoria, traído del Quijote: “(...) llaneza amigo, no te encumbres, que toda afectación es mala”. Pero si quieren oír historias de la posguerra, alguna biografía irreverente de los curas de los pueblos, si están necesitados de un paliativo para el mal del amor o simplemente de risa o alegría o nostalgia, que también la tiene, si ustedes son de los que se olvidan de la edad para hablar del mundo y piensan que no hay nada viejo bajo el sol y quieren oír la historia de Vicente Sánchez, entonces, vayan a él a preguntársela, vayan a visitarlo a la Residencia de Mayores de San Basilio, de Murcia capital, acompañenlo a tomar un café, (no intenten pagar) y síganle el paseíto, cabalgando, como a él le gusta.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Después de tantas preguntas sin respuesta creo que lo único que Vicente piensa de la vida es que es un gran misterio. Enamorarse de la mujer del frutero o delatar a un espía. La vida, al fin y al cabo, –me dice– es liarse una manta a la cabeza y buscar problemas.